

LA PASIÓN Y LA PALABRA

Sandra Aguilera Arriaga
contracorrientepuebla@yahoo.com.mx

Mientras leía el libro *Aprender y enseñar la lengua escrita en el aula*¹, en mi mente fueron delineándose dos palabras que, con mayor claridad se acomodaron libremente cuando terminé de leerlo: pasión y palabra.

Dos palabras que definen el contenido y el cuerpo de esta obra. Dos momentos en los que intentaré realizar esta presentación.

LA PASIÓN

A principios de los años ochenta, cuando trabajaba como profesora de un grupo de primaria, en una colonia marginal de esta ciudad, comencé a cuestionarme sobre cómo serían los siguientes 25 años en el magisterio. Era muy temprano para andar con esas malas ideas y sin embargo ahí estaban.... Me preocupaba saber si había otra forma de trabajar con los niños porque empezaba a percatarme que cada uno de ellos era distinto, tenían historias de vida diferentes y lo mismo ocurría con sus intereses. Unos aprendían muy rápido y otros tardaban más pero, a ciencia cierta, no sabía el porqué ocurría eso. Sin embargo, me sentía insatisfecha. Empezaba a cansarme el que mi trabajo en el aula fuera casi igual todos los días.

En ese tiempo tuve posibilidad de entrar en contacto con nuevos materiales, personas y textos que me inyectaron una nueva perspectiva del trabajo: *la propuesta para el aprendizaje de la lengua escrita y la matemática* que, con mucho miedo, puse en práctica durante 5 años con los niños. Unos años antes había tenido la fuerza de empezar a formarme como lectora, una vez que egresé de la escuela normal. La lectura había sido descubierta por mí, por la vía del interés y el placer, hacia los 22 años. La escritura fue más reacia conmigo.

Cuando estaba en esa escuela conocí y leí a varias de las autoras que hoy tengo la fortuna de encontrar en este nuevo libro. Un puente se empezó a construir desde entonces. Un puente que fue y es, al mismo tiempo, el territorio de la palabra, los textos, los juegos, la afectividad, el respeto y las risas, dentro y fuera de las aulas. Se había iniciado el camino hacia la otra orilla, aquella que era desconocida para mis alumnos y para mí. La orilla infinita, la de *la loca de la casa* de Alfonso Reyes².

Descubrí que *la loca* no discriminaba, no le importaba el color de la piel, ni la historia personal, ni el apellido, ni el material de los mesabancos. Mucho menos la fachada de la escuela. Tampoco necesitaba de materiales sofisticados, ni que leyeran de corridito. Ayudaba a encontrar palabras, a verlas donde no estaban, a construirlas donde parecía imposible. Sabía cómo acomodarlas y jugar travesuras y desordenarlas. Era siempre amigable con los estudiantes y conmigo. Generalmente pasaba más tiempo con ellos.

Cuando los niños y las niñas tomaban los libros o escribían en sus cuadernos, saltaba, se subía a la pared, emitía sonidos diversos, se reía, se sobresaltaba y llevaba

¹ Pellicer, Alejandra y Vernón, Sofía et al, (2004) *Aprender y enseñar la lengua escrita en el aula*. 306 pág. Presentación en la Hemeroteca de la BUAP el 4 de diciembre de 2004.

² Rodríguez , Miguel Angel. *Educación intercultural.: la loca de la casa* Foro Latinoamericano Educación ciudadanía e interculturalidad, Cuetzalan del Progreso, Puebla, noviembre 2004

siempre el gotero de *Sabines* por si se ofrecían gotitas de luna para los ojos. O una cucharada por la mañana estaba bien.

A partir de todo eso que viví supe que existía *la casta de los sonámbulos* de Alberto Ruy Sánchez, porque empecé a ver en muchos de los estudiantes que pasaban por mi salón de clase, el cómo llevaban los sueños a flor de párpados. Sus miradas y las mías se entendieron a partir de entonces.

He podido verles el arco iris en medio de las pestañas y el sol brillante en un rinconcito del ojo. Hacia arriba han estado grandes manjares y padres amorosos.

A mí me empezaron a cambiar los ojos cuando navegué por los libros, los que me enseñaron a entender los procesos de aprendizaje y los que me mostraron el paisaje de sentimientos que definen al hombre y a la mujer. Las más altas y bajas pasiones las he encontrado en los textos y en la vida.

Algunos de mis alumnos y alumnas compartimos esta *casta de sonámbulos* con Sofía, Alejandra, Graciela, Mary Carmen, Beatriz, Mónica, Celia Zeta y Celia De, Raúl, Miguel, Yoalli, Sandy y Alma.

Sin embargo, aún queda mucho espacio en las ancas de *Rocinante* quien, famélico y festivo, nos llevará a todos los que quieran.

Iremos bien dotados de la ancestral pomada que lo mismo sirve para pegar una oreja o componer un hueso partido, que para sanar las heridas del corazón, mitigar la sed y esquivar una y mil veces al malvado mago *Frestón*.

El libro *Aprender y enseñar la lengua escrita en el aula* tiene varias cualidades. Dos fundamentales: los apoyos teóricos y los apoyos didácticos. Dos elementos ineludibles y complementarios para los docentes que actualmente exigen, ante la marea infinita de cursos y talleres, sin y con calidad, el tener elementos que les permitan comprender el proceso intelectual que siguen los niños para aprender a leer y a escribir y el cómo aplicar estrategias adecuadas e innovadoras en el aula para lograr lectores y escritores competentes.

En cada uno de los artículos ustedes encontrarán desde los principales enfoques desde los cuales se trabaja en todo el mundo, la lengua escrita. El lenguaje integral, el de enseñanza directa y el constructivista. Nos ofrecen de ellos su lado luminoso y su lado oscuro.

El constructivismo tiene especial atención. Es tratado sin incienso y mirra. El análisis nos muestra sus bondades, riesgos y dificultades.

En el texto se puede encontrar, de manera muy detallada y comprensible, el proceso que siguen los niños y niñas en la adquisición de la lengua escrita. Los primeros acercamientos, la influencia del contexto alfabetizador, el manejo de los textos y el papel que juega la escuela cuando es el espacio único para miles de niños que viven en hogares empobrecidos, rurales y urbanos, o en aquellos en donde el dinero es el valor principal.

Los complejos procesos cognoscitivos que, independientemente de los adultos y en otros momentos con ayuda de ellos, siguen los niños ante el texto escrito: distinción dibujo-letra, exigencia mínima de cantidad, la variedad interna de grafías en las palabras, hasta llegar a la correspondencia sonido-grafía.

Los saberes previos de los niños, el proceso de descubrimiento de las características de la lengua escrita y del principio alfabético, el valor de los “errores” como manifestaciones de conflictos cognitivos y no como manifestaciones de retraso o faltas de atención (desde luego, todos ellos susceptibles de ser tachados con rojo) son, actualmente, aprendizajes indispensables para las maestras y maestros.

A Sofía Vernón le pido una disculpa pública por no haber resuelto el *misterio de la pág. 226*. Quedo en deuda.

Involucrar en actos de lectura y escritura a los alumnos en donde pueda hacer reflexiones acerca de la lengua escrita, en equipo o de manera individual, en donde descubran regularidades, por ejemplo en el trabajo con el nombre propio y su letra inicial, en un texto “fácilmente memorizable” o conocido -nos dice Beatriz- como la canción *Las mañanitas* donde se les pida que ubiquen la palabra *ya* porque aparece varias veces, implica para el docente una reconceptualización de la lectura y la escritura.

El manejo de una diversidad de textos en el aula como periódicos, revistas, libros, que contengan diferentes formas de letras, ejercicios en los que se elabore de manera colectiva un escrito, sea cuento o invitación, el escribir recetas de cocina, recados para los amigos -y para los que les caen gordos también- tiene que ver con modificar la forma de trabajar dentro del salón. De esto deduzco: No más niños calladitos, bien sentados y castigados con lectura a la hora del recreo.

El fomentar la lectura como una actividad divertida y útil, el escribir para destinatarios reales mensajes reales y conocer las hipótesis que se forman, en libertad, los estudiantes frente a la lengua escrita, puede llevarnos como nos dice el libro, a intentar sostener una permanente inquietud de búsqueda y curiosidad en los niños frente a los textos. Si los maestros y maestras se plantean actividades claras, focalizadas y orientadas hacia aspectos básicos de la escritura, estarán contribuyendo a la formación de nuevos lectores y escritores, nos afirman las autoras.

En el libro hay otros planteamientos que ayudarán a los lectores a saber que las planas, las letras redondeadas, la memorización de frases o conceptos, así como el descubrir sólo el principio alfabético, no es suficiente para lograr lectores. El reto de la escuela es que los alumnos sean usuarios de la lengua escrita dentro y fuera de ella. Como parte de la comunidad de lectores y escritores.

El libro ofrece una gran variedad de estrategias, esquemas, ejemplos de secuencias didácticas, reflexiones entorno a si se debe o no enseñar a leer y a escribir en el preescolar, asunto que etiqueta actualmente a las malas y buenas escuelas. Todos estos constituyen invaluable apoyo para mudarnos a la *República de las letras*. El texto nos ofrece transportes y horarios diversos: de acuerdo a la edad, a los intereses, al humor que tengan los viajantes. Los maestros tienen que preguntarse antes de proponer una ruta a los viajeros: ¿qué van a leer y a escribir durante el recorrido? ¿Cuál estructura tendrán los textos que lean? ¿Con qué lenguaje escribirán? ¿Para qué y para quién lo harán?

Ya instalados en este lugar mágico, desde sus líneas nos hace pensar en otros elementos que intervienen en la cultura escrita y en lo que poco que nos ponemos a pensar. Los escritores y sus prácticas al escribir: escriben borradores, reinician un texto, desechan ideas, dar a leer su texto a otros lectores y lo dan por terminado si temporalmente ya están satisfechos o bien porque ya están hartos del tema.

El asunto de los editores con todo lo que implican los negativos, las correcciones de estilo, encontrar un buen diseñador, conocer el mundo legal que abriga los derechos de autor. En suma, por todo lo dicho hasta aquí, todos estos son elementos que dibujan la relación entre escritores y lectores. Trasciende las paredes del aula y de la escuela. Es una relación continua, para toda la vida.

Para terminar, quiero decir que las autoras de *Aprender y enseñar la lengua escrita en el aula*, son experimentadas investigadoras del tema, conocen lo que pasa en las aulas, saben de los temores, inquietudes e interrogantes de los docentes. Están informadas de que en el sistema educativo la lectura y la escritura son graves problemas. Por ello, nos han entregado esta obra para que nuestra carga pueda ser más ligera y porque, sin quererlo tal vez, contribuyen para ayudarnos a concebir que la Palabra es una forma de reconocernos en el otro, de comunicarnos con nosotros mismos y con el de al lado. La Palabra es ser y no ser. Es libertad. Quizá por eso los poetas son los únicos que, a través de ella, pueden tocar la mano de Dios.